

100

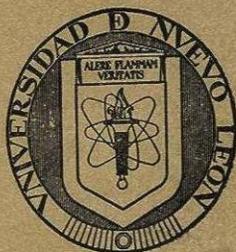
# HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



*Carilla Argentina  
Biblioteca Universitaria*

9



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1968

## SER EL "OTRO"

MICHEL FEDERICO SCIACCA  
Universidad de Génova (Italia)

### 1. *Ser el "otro" como promoción de la persona.*

QUERER AL "OTRO" ES decidirme por él como persona, luz que ilumina mi libertad, carga "humana" que me transforma consintiéndome formarme y promoverme; aún si el "otro" es el último, el más condenado y miserable de los hombres. Elegirlo quiere decir asumírmelo tal cual es, entero, con su cuerpo y su espíritu en las condiciones en que estén, sean las de un leproso asesino, dármelo como fin de mi voluntad; amarlo hasta en su "voluntad" de mal más opaco y horrendo, aunque detestando el mal con todas mis fuerzas. Decisión de mí entero, disponibilidad total, por el otro entero con la mole de su miseria que por más que lo aplasta no aniquila su grandeza de hombre, sabedor de que también yo soy miseria como él; sólo así respeto su libertad que el mal uso no puede anular y lo reconozco persona y por esto fin de mi volición. Ser justos es reconocer a cada cosa su ser, y él es un hombre; si no lo reconociera como persona teniendo mi misma dignidad, sería injusto y falsearía al partir mi iniciativa de elegirlo, pero reconocer su ser es amarlo tal y como es, inicio de todo promovimiento suyo y mío.<sup>1</sup> Así pues, debo "disponerme" totalmente a su experiencia de mal, acoger la negatividad de sus elecciones porque en ellas está todavía viva la libertad martirizada y ofendida por sus debilidades, del desencadenamiento de fuerzas a las cuales tal vez no estaba preparada o de las cuales padeció la violencia, casi la necesidad; "soltarme" todo, desligarme también de mis virtudes y de mis hábitos,

<sup>1</sup> Sólo los que sienten una extrema y sufrida repugnancia por el hombre, su inmensa miseria y el mal de que es capaz, saben amar profundamente y hasta el sacrificio a la humanidad sobre todo en los más culpables y condenados: saben que somos todo "fango", pero que en cada uno Dios "ha soplado" el espíritu.

hacerme él, dejarme formar por él de modo que él pueda disponer de mí, que no significa hacer lo que el otro hace, sino hacer mi experiencia interior, sufrir lo que él sufre y también no sufre, su subterránea angustia por la apatía y la sordidez frente al mal. No debo sólo "avisarme", ponérmelo delante de los ojos para "hacerle saber" que es malo, sino sobre todo "advertirme", ponerme sobre el buen camino, el justo, "volverme", entero, de mí hacia él, entero, disponibilidad subjetivamente y objetivamente condicionada sólo por el bien común, para transformarme en él, hacerme su miseria y su dolor: sólo así, unidos, podemos tomarnos por la mano a lo largo del sendero del promovimiento recíproco. La "aversión" de él, nos deja solos, a cada uno *diversus*, a la deriva, hoja muerta, desviado del recto camino, "extravagante" del orden del ser que, por el bien de entrambos me ordena reconquistar la libertad común en la "conversión" según la "advertencia" dada a mí mismo.

Cierto, me pongo en riesgo, corro un riesgo tremendo, pero la libertad no es nada si no es valor y audacia, si no se desafía un amplio margen de imprevisibilidad, confiada en sí misma y con tanta fe en la luz del bien; nunca tan fuerte como cuando está en peligro, en la hora del llamado no a su potencia siempre débil, sino al vigor con el cual se sume en sí misma para arraigarse en el ser; nunca en las manos de Dios, verdaderamente libre, como cuando acepta la batalla contra el mal por el bien entero del otro, material y espiritual, "misericordia" que no discrimina entre necesidades del cuerpo y exigencias del espíritu, que encarna la palabra de amor en el pan y en el abrigo, bienes que vivifican el alma y la abren a la riqueza que incuba dentro para que sea también luz de su cuerpo. Transformarme en el otro que he elegido, significa asumírmelo en todas sus potencialidades para activarlo y remover cuantos obstáculos no lo hacen ser sí mismo; comprenderlo en toda su voluntad de mal, sólo respiradero por el cual puedo entrar hasta él, la que me hace sentirme bueno sólo si lo comprendo hasta amarlo así como es, malo; avergonzarme de tener lo que a él le ha sido negado y fortificarme por hacerlo partícipe; aprender cuán pequeña es la medida de mi débil libertad fácil de caer y cuán fuerte es el mal, yo mismo propenso a hacerlo si sólo un momento disminuyo la vigilancia, si la iniciativa relajada en una seguridad siempre amenazada e incierta se adormece en el tiempo de la inercia que pesa fuera de la conciencia y rápido envejece. De tanto bien debo agradecer al más monstruoso despojo humano, que me da la posibilidad de transformarme, en él, para formarme yo mismo: aceptándolo íntegro por la puerta del amor, que da luz a las troneras de la virtud, potencio todo mi ser en la inteligencia amorosa del ser. La caridad es siempre bilateral, hasta cuando el otro no da nada, porque nos hace el don de promo-

ver a nosotros mismos en el bien amándolo; por esto es verdadera la que es hecha "caritativamente", amorosamente, sin ventajas y astucias, exitaciones y tácticas: fácil amar, difícil amar ordenadamente. Sólo si le hago don de este trozo de cielo que es también el suyo, el otro, del abismo del mal, puede esforzarse en abrir los ojos: una chispa, la luz del fondo de su ser reencontrado, cuya primera decisión es comprobar como si en este momento comenzase a percatarse de ser un hombre, de amarse por lo que es, criatura, hijo perdido y amado de Dios, que se ha servido de mí para que lo sirviese ayudando a mi semejante a encontrarse como persona y a mí mismo a formarme, transformarme, en él, que se ha formado transformándose, en mí, el otro por él, cada uno siempre más sí mismo, el propio ser inviolado e irreductible.

No redimido ni redentor, sino aquel milagroso estado de gracia de "dos" voluntades libres, "una" formación del *yo del tú* en el acto de promoción recíproca en el cual cada uno —el mejor y el peor— se mantiene redimido del otro.<sup>2</sup> Quien se considera redentor está aún por redimirse: el más bueno y el más malo de los hombres se redimen siempre en la obra común, y al recomenzar y perfeccionar a cada instante. No hay la piedad de uno hacia el otro, sino la recíproca porque entrambos están necesitados de ella; ni la obediencia unilateral, sino uno y otro deben libremente disponerse en este estado, colaboradores en parejas condiciones y por esto el uno deudor del otro, cada uno compensado de lo que ha dado, siempre poco respecto a lo que debe dar: aquí la profundidad de la reciprocidad de las conciencias, del respeto de la dignidad entre hombres libres; el arrasamiento de la soberbia del "bueno" que ayuda y del resentimiento hasta el odio del beneficiado que la siente pesar, la afirmación del "orgullo" de cada hombre de ser tal, hermano "no protegido" del otro; que en la superación de la dialéctica del "patrón y del esclavo", problema por resolver con la dialéctica del cada uno que se transforma, en su semejante, le respeta todos los derechos, anula la relación "benefactor-beneficiado" en los beneficiados juntos, personas teniendo la misma dignidad sin cuentas de dar y haber; aquí la redención de la voluntad de mal, obra personal y común de criaturas que quieren disponerse según la exigencia

<sup>2</sup> La promoción recíproca es posible también entre despojos humanos. No raramente en el fondo del mal la voluntad objetiva provoca un potente empuje hacia lo alto, como si la conciencia se despertara de un largo sueño, reentrase en sí misma de un lejano exilio, como si un hombre por la primera vez se descubriese libre; de golpe su pasado se le proyecta extraño ante sí, cosa que no ha querido, como si otro en su puesto fuese el autor. Es muy difícil, excepto para los médicos de "oficio", y los magistrados que sobre la libertad saben todo, sentenciar sus acciones libres, responsables y deliberadamente queridas.

del ser a la perfección última de la libertad de cada uno en el Amor absoluto que lo crea y sostiene, que se ha bajado hasta el ladrón, se ha hecho crucificar con él para ser la Redención de todos.

Es necesaria, cierto, una libertad acorazada, pero, si no quiere encontrarse agujereada al primer encuentro la corteza de las "buenas costumbres" y de las "excelsas virtudes", conocedor al máximo de la propia debilidad, cuya fuerza está sólo en la tensión al valor, en el don que la pone en la derrota armada sólo de amor, potencialidad de todas las energías en la inteligencia del ser; puede avanzar, sola, aunque el sol se oscurezca con las flechas. No se trata de osar lo imposible, pero sí de poner en movimiento, concentrar en un punto, todas nuestras posibilidades para desfondar el dato, desafiar todos los posibles rechazos, ya cosa descontada, aunque si en nuestro amor queda una llama sin lugar —que arda: tantas llamas que arden aparentemente en vano, siempre una luz, una guía, una estrella, que precede hacia la gruta del Amor—; derrengar el muro, aún cuando la "realidad" está ahí para decirnos que "no se pasa"; pero justo cuando el letrero se para enfrente, y se la encuentra dondequiera, la libertad se empluma, elige el dato y lo escoge escogiéndoseos: brega y se forma, forma lo nuevo, le revela la verdad; y más se hace cierto y menos es "dato", más es luminosamente *aquel* existente. Desde el momento en que lo elijo, al otro no lo "miro" ya en su "datidad", lo "siento" en su "entidad", lo reconquisto por lo que es, un existente fuera de mí semejante a mí; lo quiero en su verdad, decido por él, que no es ya el otro dato, pero sí la otra persona como yo. Pero debo decidirme hasta el fondo, así hasta "estar" en la volición, siempre la misma y nueva, perennemente renovada en la iniciativa. Todas las cosas, otras y *diversas* de mí; sólo el hombre, el otro *semejante* a mí, por esto las cosas se quieren y se aman en cuanto pertenencia del hombre, depósito sagrado de nuestros sentimientos: cosas, *diversas* y no semejantes a mí; hasta las más cercanas y preciosas, lejanas e insignificantes; mi semejante, aunque no conocido, siempre próximo, el *prójimo*.

## 2. La libertad del "otro" como bien personal y común.

El problema de la libertad del otro se pone al nivel de la elección; así el de mi libertad, no pudiendo hacer de mí uso como de cosa ni consentir que otros lo hagan. Su libertad y la mía; suya y mía —no "propias"— insustituibles y comunes; la libertad de cada uno es personal y no se subroga, y es bien común porque es disponibilidad y empeño recíprocos; formo mi libertad y en ella me forma en la medida en que forma la del otro reconocida inviolable en el acto mismo en que asevero la inviolabilidad de la mía. La libertad interior del mal, conquista personal, es un darse recíproco; no puedo medir

el arrojo cuando el exceso de la voluntad es el ser, pero no debo constreñir al otro a no medir el suyo; el "orgullo" auténtico del amor es no pedir, fiándose en la discreción del otro, y aceptar todo con humildad, de otro modo la disponibilidad que rehusa la respuesta es la más hermética de las "clausuras", negación diabólica de la libertad ajena.

La comprensión de dos voluntades al nivel de la elección vuelve superflua toda explicación: comunicaciones esenciales, hasta más allá de la palabra siempre insuficiente, le basta el signo, a veces sólo interior, la llaneza del silencio, espacio de los sentimientos puros; muere el tiempo que pasa en el presente de dos voluntades compenetradas en la promoción recíproca, la una elegida por la otra, unidad de un solo destino. No más cuestiones de razón o sinrazón, mediocridad más abajo de la libertad de elección, sino de perfeccionarse en el bien, verdad común, sin fijarse en tacañerías de cuentas; hasta las palabras trilladas llegan a ser reconquistadas en la libertad común, despojadas de los días y vestidas con nuestro tiempo interior, el de repropo-  
ner la iniciativa, de formarnos recíprocamente.<sup>3</sup>

Sin embargo la libertad es terriblemente celosa; tiende a aislarse, extrema defensa de su autonomía, o a imponerse para afirmar su independencia, aspecto negativo de la exigencia legítima de ser sí misma. Teme la "invasión" y quiere el bien de ser libre como exclusivamente propio, como si el participar de ello en común fuese una disminución, y el no reconocer el de los demás un crecimiento suyo. Pero la libertad entendida como "propia" no es ya "personal"; es algo que se añade exteriormente a la persona (su "propiedad"), casi "rapiña" por miedo de que otros nos constriñan a renunciar hasta a nuestra parte, transferencia de un concepto económico sobre el plano metafísico o concesión economista de la libertad. En vez, bien espiritual, no es divisible en partes para distribuir igualmente; está toda en cada uno, que no la acrecienta negando la del otro o sustrayéndose a la comunicación, pero reconociéndola entera; más bien, sólo en la del otro es para mí el todo de la libertad, hasta la mía es el todo de sí misma en su inviolabilidad. Para reconocer la libertad de todos es necesario el "dominio" de sí; aquí el secreto de la paz entre los hombres; no poder sobre el otro, sino sobre sí mismo: la caridad, como dice San Pablo, es una potencia del cristiano; por eso necesita aprender cada día a amar, comenzando siempre del principio, hasta las personas que se aman.

<sup>3</sup> La urbanidad, la etiqueta, las "buenas maneras" y la "buena educación", nivel de la pura conveniencia social y de la convivencia como estar juntos sin incomodarse recíprocamente, cuando no hipocresía y exterioridad, es decir "cortesía" sin "gentileza", son ultrapasadas en un vínculo humano que las vuelve superfluas. Las grandes estaturas morales, según el protocolo, son "ineducadas".

No más cuestión de la "independencia" del yo que teme depender del otro y cree afirmar su libertad "sustrayéndose" al tú —problema aún en los términos de quien de los dos deba "poseer" al otro—; dos seres que se reconocen recíprocamente no son ni independientes ni dependientes, sino un solo acto de amor, hijo de dos libertades personales, de cuya unión una libertad *nueva*, la común. Hasta el concepto de autonomía, sobre este plano —no el gnoseológico-ético, sino ontológico-moral-religioso— ya no es "querer según las propias leyes" o "regirse por sí mismo", sino querer al otro según la única ley del reconocimiento objetivo, la sola que rige nuestra libertad interior y hace que nos rijamos como dos personas en un acto alectivo, reconocimiento de lo sagrado de la persona elegida, libertad de "hermanos". El sobrepaso de lo "propio", el gran vehículo de la comunicación: *vos enim in libertatem vocati estis fratres*; la libertad es servicio a los demás *per charitatem* porque la ley se cumple al amar *proximum tuum sicut te ipsum* (S. Pablo). No hermandad, si no en la libertad; no libertad, si no en la inteligencia del amor, que es inteligencia del ser del otro reconocido semejante a mí. Sólo el amor que mi prójimo me tiene es mi defensa, solidísima y frágil, no dependiente de mí ni de mí exigible; pero no tengo otra porque es la sola que impide al otro usar y abusar de mí.

No hay reconocimiento de fraternidad sin el de la común Paternidad: la comunicación todavía más interior, más sólido vínculo en el reconocimiento de cada criatura en el nombre de Quien la ha creado libre, que no es norma o categoría, sino el Fin más allá de toda nuestra posibilidad, donde debemos hacer convergir todas las elecciones como suprema posibilidad de nuestra voluntad. Sólo cuando mi voluntad profundiza en el abismo de Dios, se abandona a su bondad que coincide con la perfecta justicia y se fía a su juicio inescrutable, experimento la potencia de mi libertad vuelta destino y junto su irreparable insuficiencia a decidir algo: el reconocimiento de su preciosidad única como la que me da el privilegio de ser, yo un nada, objeto del justo amor divino, lo es también de la libertad del otro y de lo sagrado de su persona como la primera necesidad de mi libertad. El otro y su libertad no se discuten más; yo y él, cada uno sí mismo, unánimes, dos y uno, felicidad de ser cada uno sí mismo, prójimo del otro en el amor de Dios.

Libertad de elección es crear la otra personalidad tal cual es y dejarnos crear tal cual somos. El otro sobre el plano de la exterioridad "escoge"; sobre el de la interioridad "se elige", que es exactamente crearlo, "obra de arte" de la libertad amorosa, sublime misterio por el cual el otro no es mi sombra, el sometido, sino mi luz por la formación "normal" de entrambos. Libertad "poética" creadora unánime, y solitaria, no procedente con proceso casual o por sucesos casuales, sino por iniciativa continua, convencida de su

inagotabilidad porque inagotable es todo hombre en su existencia inmortal, sino exactamente por esto la de cada uno es la historia personalísima de un existente y no la crónica anónima de un animal que se cumple en el mundo; comunica con la humanidad de todo lugar y tiempo en su inmensa soledad, la que conocen también y tal vez más que las otras personas que aman y se aman en el amor de Dios, unidos por la verdad del amor, y del amor de la verdad, y sola, cada una con su libertad siempre en peligro, expuesta a la ruina de sí misma, siempre solícita de darse e incapaz de hacerlo sino en el fondo, porque no tiene fondo el abismo de un alma, lo mismo que el ser en el que se arraiga, se extravía y reencuentra.

La libertad de elección hace que cada uno sea simultáneamente el "conteniente" y el "contenido" del otro, elemento y alimento, al punto de sentir, en la singularidad inasimilable, la propia existencia surgir de la del otro como un don restituido en silencio por una perfección y un cumplimento que sobrepasa todo recíproco darse. De hecho, escoger hasta el fondo es "anticipar" al otro en su deber ser, no sólo en ser su "porvenir" en el mundo —pasar juntos el tiempo de la vida— sino sobre todo su "futuro" de eternidad, pero por ello, ni él ni yo podemos hacer nada sino rogar. Así Rosmini dice: "por el acto (de la libertad) el hombre *merece*: él se une voluntariamente a todos los entes, al origen de los entes, los ama a todos y de todos rescata amor, trasfunde a todos en sí mismo, y todos se trasfunden en él: ensancha entonces sus propios límites, completa su naturaleza angosta y deficiente; no disfruta de toda la entidad, y en el mar del ser esencial encuentra y recibe la propia felicidad: esto es el fin del hombre, el altísimo fin de la persona, y consecuentemente de la naturaleza humana; y esta comunicación, esta sociedad mutua de los entes es el fin del universo".

Traducción del Dr. JORGE RANGEL